

LIBRO QUINTO¹

CAPÍTULO PRIMERO

Filipo recobra la voluntad de los Aratos y logra por su influjo que los aqueos le ayuden para ponerse en campaña. – Decide hacer la guerra por mar. – Conspiración de tres de sus oficiales. – Tala de los campos de Palea.

Se dejaban ya ver las Pléyades, cuando concluyó el año de la pretura de Arato el joven (año -219)². Tal es el modo de computar los tiempos entre los aqueos. Efectivamente, Arato depuso el mando, Epérato le sucedió, y Dorímaco era por entonces pretor de los etolios. Para este mismo tiempo, Aníbal declaró públicamente la guerra a los romanos, y a la entrada del verano partió de Cartagena, atravesó el Ebro y emprendió su propósito y viaje para Italia. Los romanos enviaron a Tiberio Sempronio con ejército al África, y a Publio Cornelio para España. Antíoco y Ptolomeo, desesperanzados de que las negociaciones y conferencias diesen fin a la disputa que tenían sobre la Celesiria, se disponían a que la decidiesen las armas.

El rey Filipo, falto de víveres y dinero para las tropas, convocó a junta a los aqueos por medio de sus magistrados. Reunido el pueblo en Egio según costumbre, advirtió que los Aratos obraban con indolencia, por el tiro que Apeles les había hecho en las elecciones precedentes; y que Epérato era negado por naturaleza, y menospreciado de todos. Por estos antecedentes acabó de conocer lo mal que le habían servido Apeles y Leontio, y se propuso ganar otra vez el corazón de los Aratos. Para ello persuadió a los magistrados que transfiriesen la asamblea a Sición, donde llevaba a cabo una conferencia con los dos Aratos, y echando la culpa a Apeles de todo lo pasado, les exhortó a permanecer en el afecto que antes le profesaban. Efectivamente, los Aratos se rindieron con prontitud y el rey entró en la asamblea, donde, con el apoyo de estos dos, logró todo lo que necesitaba para la empresa. Se ordenó que los aqueos contribuyesen por

1. Completo, como los cuatro anteriores. Véase la nota primera del volumen inicial.

2. Nos permitimos recordarles de nuevo a los lectores lo advertido, asimismo ya de manera reiterada, acerca de las referencias a la Era cristiana, naturalmente ajenas a Polibio, pero sí presentes en la mayoría de las ediciones modernas de su *Historia Universal* y de indudable utilidad.

el pronto con cincuenta talentos desde el primer día que el rey se pusiese en marcha, que abonasen a la tropa la paga de tres meses con diez mil modios de trigo, y para lo sucesivo, mientras que personalmente hiciese la guerra en el Peloponeso, se le entregarían cada mes diecisiete talentos.

Aprobado este decreto, los aqueos se retiraron cada uno a sus ciudades. Así que las tropas salieron de cuarteles de invierno, el rey consultó con sus confidentes, y decidió hacer la guerra por mar. Creía que sólo así podría prontamente atacar por todos lados a sus contrarios, los cuales no podrían socorrerse mutuamente, estando como estaban dispersos en diferentes países, y recelándose cada uno por sí de la incertidumbre y prontitud con que podía venir por mar el enemigo. Era la guerra contra los etolios, lacedemonios y eleos. Tomada esta decisión, el rey reunió los navíos de los aqueos y los suyos en Lequeo, donde a costa de un ejercicio continuado, adiestró y acostumbró la falange al manejo del remo, hallando en los macedonios una ciega obediencia a sus mandatos. Porque esta nación es no sólo la más experta y esforzada en las batallas campales, sino también la más a propósito para los ministerios navales, si la ocasión se presenta. Son gentes ejercitadas en cavar fosos, levantar trincheras y, en fin, endurecidos con semejantes fatigas, son tales como nos pinta Hesíodo a los eácidas, *más contentos en la guerra que en los banquetes*.

Mientras que el rey y los macedonios se ocupaban en Corinto, éstos en el ejército de la marina, y aquél en el acopio de pertrechos; Apeles, que no podía volver a ganar el corazón de Filipo, ni sufrir el menosprecio de su abatimiento, tramó una conjuración con Leontio y Megaleas; para que, mientras ellos, presentes a todas las resoluciones del rey, pervertían y frustraban sus propósitos, él ausente en Calcis, cuidase de cortar todas las municiones para sus empresas. Comunicado este aleve trato con sus dos amigos, marchó a Calcis, pretextando al rey algunas vanas excusas para su partida. Durante su estancia en esta ciudad, observó tan religiosamente lo pactado bajo juramento, y se aprovechó tan bien de la privanza anterior para persuadir a los pueblos, que al fin redujo al rey a empeñar la vajilla de su uso para mantenerse. No obstante, después que estuvieron reunidos los navíos, y los macedonios adiestrados en el manejo del remo, el rey, distribuidos víveres y satisfechas las pagas al soldado, se hizo a la vela y arribó al segundo día a Patras, con un ejército de seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

Para entonces Dorímaco, pretor de los etolios, había enviado quinientos neocretenses, bajo el mando de Agelao y Escopas, para socorrer a los eleos. Éstos, recelando de que Filipo no intentase sitiarse a Cilene, habían alistado tropas extranjeras, habían armado las del país, y fortificado la ciudad con gran cuidado. En atención a esto Filipo formó un cuerpo de los extranjeros de Acaya, de los cretenses que tenía consigo, de alguna caballería gálata, y de dos mil infantes aqueos de tropa escogida, y lo dejó en Dime, para que a un mismo tiempo la guarneciese, y sirviese de barrera contra las empresas de los eleos. Él mientras, habiendo escrito con anticipación a los mesenios, epirotas, acarnanios y a Escerdiledas, para que equipase cada uno sus navíos y acudiesen a Cefalonia, se hizo a la vela de Patras al día señalado, y llegó a Pronos, pueblo de la Cefalonia. La consideración de que esta pequeña fortaleza era difícil de sitiarse, y el país estrecho, le hizo pasar adelante y fondear en Palea con su armada. Aquí, advirtiendo que el país abundaba en granos y podía sustentar el ejército, desembarcó sus tropas, y acampó frente a la ciudad. Puso después en seco su escuadra, la ciñó con foso y trinchera, y envió a los macedonios al forraje. Entretanto, por dar tiempo a que viniesen los

aliados para emprender el ataque, se puso a recorrer la plaza y reconocer por qué parte se podrían aplicar las obras y las máquinas a sus murallas. Su objeto era, primero, quitar a los etolios el puesto más importante, ya que desde aquí, sirviéndose de las naves de los cefalenios, hacían sus desembarcos en el Peloponeso, y talaban las costas del Epiro y la Acarnania; y en segundo lugar, prevenir para sí y para sus aliados una acogida cómoda para hacer correrías sobre el país enemigo. Porque la Cefalania yace sobre el golfo de Corinto, extendiéndose hacia el mar de Sicilia; domina aquella parte del Peloponeso que mira al septentrión y ocaso, y especialmente el país de los eleos, y confina hacia el mediodía y occidente con Epiro, Etolia y Acarnania.